que tuvieron las vastas masas durante el siglo XIX y la Rusia Soviética a comienzos del XX".

**Jaime Jaramillo Escobar**

# Un trabajo filológico de gran valor

***Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia. Finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX***

SOFÍA S. ARANGO RESTREPO Y CARLOS A. FERNÁNDEZ URIBE
Universidad de Antioquia, Medellín, 2011, 332 págs.

LA RECONSTRUCCIÓN de la historia crítica literaria en Colombia ha tenido un encomiable apogeo en los últimos veinte años. De diversas universidades, nacionales y fuera del país, se ha emprendido una búsqueda de la comprensión del fenómeno crítico que ha dejado un saldo de excelentes materiales de trabajo, necesarios para iniciar un trabajo filológico riguroso.

Este libro que reseñaremos aporta nuevos elementos de un periodo que si bien era rico en producción creativa (el costumbrismo, José Asunción Silva, Tomás Carrasquilla, Rafael Pombo), no había tenido un análisis suficiente desde el punto de vista crítico. Nos referimos al periodo 1886-1910, etapa de la historia nacional prototípica si la hay, y en la que se fundaron muchos de los credos y frustraciones que se extienden hasta hoy. Todo ello con el telón de fondo de figuras políticas que solo podemos calificar de excéntricas como la del lingüista Miguel Antonio Caro, el letrista del himno nacional Rafael Núñez, el poeta Marroquín o el comerciante Rafael Reyes.

Es la Colombia que se cierra a la modernidad, dividida entre facciones históricas cuyas inquinas fueron capaces de ocasionar una guerra absolutamente irracional e inútil como la de los Mil Días; periodo en que el sistema económico y las ideas nuevas fueron señaladas (el fétido patrimonio conservador irá hasta 1930), país mezcla de convento y hacienda encomendera, con una élite reaccionaria que solo miraba su propio bienestar[1].

La base del trabajo de los profesores Arango y Fernández, de la Universidad de Antioquia, es la consulta de revistas que se publicaron durante esos veinticuatro años[2]. Revisadas las fuentes primarias que citan al final de la primera parte, se puede apreciar que leyeron centenares de páginas de dieciséis revistas, y treinta y seis periódicos, una labor que sin duda alguna merece aplauso.

> En síntesis el objetivo general del trabajo ha sido recoger, seleccionar y ordenar los textos de crítica literaria, nacional y extranjera, aparecidos en las publicaciones periódicas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en Bogotá y Medellín, junto a algunos casos de otras ciudades del país, y analizar las posiciones estéticas dominantes en ellos. [pág. 14]

Lo primero que advierten en la Introducción (pág. 12) es que los fundamentos de crítica literaria que recogen en el libro se basan en la idea de *juicio estético* de Kant (pág. 12). Identifican que los críticos literarios colombianos de final de siglo centraron sus juicios estéticos alrededor de la pregunta: "¿Cómo logramos alcanzar una literatura nacional, autóctona?". Resumidos los debates, que luego comentaremos brevemente, se formaron dos partidos: los defensores del realismo y los del simbolismo.

1. Dos trabajos críticos, ineludibles para entender este periodo, son de colombianistas estadounidenses: *El ideal de lo práctico*, de Frank Safford (1989) y *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*, de David Bushnell (1996).
2. Entre ellas se destacan *Alpha* y *La Voz de Antioquia* en Medellín; *Gris*, *El Orden* y *Trofeos* en Bogotá.

Los autores, coherentes para organizar semejante cantidad de información y desarrollar la investigación, operan creando cuatro categorías de análisis que se atienen a valorar sendos tipos de juicio estético:

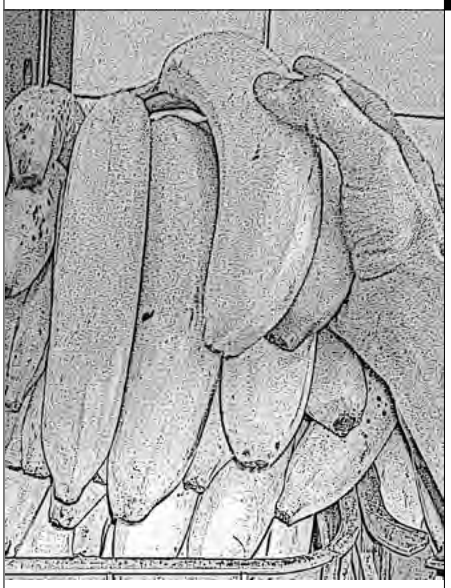
- Las ideas clásicas y académicas, que para la época tenían su asidero latinoamericano en Andrés Bello y en Colombia con Miguel Antonio Caro.
- La influencia del positivismo francés (Taine) y del inglés (Spencer).
- El pensamiento realista-naturalista, que provenía en parte de Flaubert y se consolidaba en las ideas de Zola.
- Los tópicos de un arte libre provenientes de los simbolistas y decadentistas.

La clasificación de las fuentes primarias en estas categorías, les permite diferenciar los puntos de vista de los críticos literarios. Inmediatamente saltan a la vista los tópicos en choque. Un Sanín Cano que divulga a Taine, mientras que Tomás Carrasquilla defiende el realismo. A su vez, Antonio Gómez Restrepo reclama la vuelta a Grecia y José Asunción Silva lanza al aire sus bocanadas decadentistas.

En varios de los críticos (sobre todo los más conservadores de la línea carista), se nota marcada la idea de un "deber ser" estético que los escritores estaban obligados a observar antes de escribir una línea. Es una prescripción extremista o una muestra de *fundamentalismo crítico*, forzosamente xenófobo: si eres esto, no puedes ser aquello. El balazo de Silva en su corazón y la huida de Sanín Cano a Inglaterra dan idea de lo insoportable que debería ser aquel entorno.

Si bien Arango y Fernández señalan que los críticos literarios de la época estaban muy bien informados de los movimientos estéticos y culturales de Europa (pág. 86), mi impresión es que no. O al menos no de un modo cosmopolita y abierto, como lo ha señalado Rafael Gutiérrez Girardot[3]. La Gruta Simbólica como modelo de bohemia secular, no deja de ser caricaturesca y visiblemente provinciana.

3. Rafael Gutiérrez Girardot, "La literatura colombiana del siglo XX", en *Manual de historia de Colombia*, t. 3, Bogotá, Procultura, 1984, pág. 456.



La politización conservadora de los grupos impedía cualquier *épater le bourgeois* auténtico. Los poetas de hoy aspiraban a ser mañana ministros, o cualquier cargo público que les pudiera garantizar un modus vivendi mixto (oradores en el día, vates en la noche).

Un caso de excepción es, por supuesto, el de Julio Flórez, tanto por su origen social humilde, como por sus intenciones estéticas que eran limitadas: dar un solaz al pueblo analfabeto para expresar sus sufrimientos cotidianos. Su defensa proviene de uno de los divulgadores del modernismo en nuestro medio, Carlos Arturo Torres, quien además es considerado por Arango y Fernández el más conspicuo divulgador de las teorías deterministas de Taine en Colombia (pág. 60).

El aspecto más relevante de la investigación es la detallada cronología de los diversos debates que se presentaron a lo largo de esas casi tres décadas entre integrantes de las cuatro ficciones críticas indicadas antes. La furia de Caro contra las importaciones simbolistas a las que consideraba ateas y la exigencia de un retorno a un canon católico-hispánico (pág. 42), no es menos dogmática que la de sus seguidores, como Antonio Gómez Restrepo, quien llega a reclamar que no se traduzcan ni divulguen los manifiestos estéticos ni las novelas de Zola:

> El realismo moderno proclama que el fin del arte es copiar la naturaleza, y no contento con esto se avanza a afirmar que la naturaleza digna de imitar no es la hermosa, noble y pura, sino la fea, inmoral y puerca. Esto es lo que dice y practica el renombrado Emilio Zola. [pág. 68]

Radical también es el juicio del realista Tomás Carrasquilla que se muestra reacio a cualquier forma de influencia modernista en la literatura colombiana (Silva le caía "gordo": un señorito de Bogotá de ideas excéntricas) y reclama un "20 de julio literario" que signifique "independencia absoluta de todo país extraño" (pág. 73).

Ya, también, surge el crítico "mala leche", áspero y maledicente que encuentra mediocre toda creación que no se acomode a su canon. Tal es el caso de Emilio Bobadilla al denostar nada menos que al fundador del modernismo:

> Siempre tuve a Rubén Darío por un grafómano presuntuoso. Carece de originalidad. Casi todo lo que "escribe" parece –y tal vez lo sea– mal traducido del francés. ¡Qué manera tan deliciosa de estropear el castellano! […] Es un vividor, sin conciencia literaria, sin ideas propias, sin personalidad artística. […] Ha ejercido un influjo desastroso en gran parte de la juventud hispanoamericana. [pág. 233]

Pero igualmente es llamativa la ponderación, por ejemplo, de José Asunción Silva, que en un excelente artículo –expuesto en forma de carta y escrito con una dosis de buen humor– aprovecha para dar un curso corto de poesía francesa a su interlocutor, el redactor del periódico conservador *El telegrama del domingo* de Medellín. En el texto cuestiona la que llama "crítica ligera", un rápido *jab* al gurú de la "filología gramaticalista", Marcelino Menéndez y Pelayo (pág. 116).

El libro permite concluir que el periodo 1886-1910 puede ser considerado el de la formación de la crítica literaria moderna en Colombia. El estilo de valorar la literatura de este grupo de escritores tendría eco en la siguiente generación de 1910-1930, la segunda etapa de la República Conservadora. En estos años anteriores al ascenso al poder del Partido Liberal –de la consolidación de la clase obrera en Colombia, y de cierta laicización de la vida cotidiana–, descollaron críticos del nivel de Baldomero Sanín Cano y Rafael Maya, se escribió lo mejor de la obra de los poetas Luis Vidales y León de Greiff y sería publicada en 1924 una obra maestra, *La vorágine*, de José Eustasio Rivera. No se entenderían los aportes de estos escritores sin haber hecho una recepción crítica de muchos de los manifiestos y polémicas de sus colegas anteriores.

La segunda parte de *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia* (págs. 95-332) recoge una excelente selección de artículos de los integrantes de las cuatro facciones críticas. De viva voz podemos leer textos críticos de Miguel Antonio Caro, Fidel Cano, Silva, Carrasquilla, Gómez Restrepo, Eduardo Castillo, Carlos Arturo Torres, Max Grillo y de autores extranjeros como Unamuno, Valera, Darío, Lugones, Clarín. Sin duda, este anexo enriquece el libro y habla del buen gusto y gran cuidado filológico de los antologistas.

La investigación de los profesores Sofía Arango y Carlos Fernández, se une a un corpus de libros clave que facilita la consolidación de las bases materiales de una historiografía literaria colombiana, cuyo punto de partida es la última década del siglo XIX. Entre estas publicaciones se encuentran *Historia de la crítica literaria en Colombia* (David Jiménez), *El deseo y el decoro* (José Eduardo Jaramillo Zuluaga), *Tradición y modernidad* (Hubert Pöppel), *Leer literatura: ensayos sobre la lectura literaria en el siglo XIX* (Carmen Elisa Acosta), *El descontento y la promesa* (Juan Guillermo Gómez), *Prensa y tradición* (Rafael Rubiano) y desde luego, el clásico *Modernismo*, de Rafael Gutiérrez Girardot.

No quisiera cerrar la reseña sin destacar el impecable trabajo de edición que ha hecho Silvia García de la Editorial de la Universidad de Antioquia. Acostumbrados a libros universitarios feamente diseñados, con carátulas confusas, repletos de erratas, sin una puesta en página cuidadosa, islas perdidas en colecciones mal pensadas, este de *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia* demuestra la calidad que ha alcanzado la edición académica en nuestro país.

**Carlos Sánchez Lozano**